

cía un asno cargado de pan, y habiendo ido por la tarde junto á su celda, fingió que el asno se había caído y se puso á gritar con voz lamentable: ¡ Abad Natanael! tened piedad de mí y venid á socorrerme. Al rumor de su voz abrió al instante la puerta de su celda y, sin salir de ella ni sacar siquiera el pié afuera, segun la resolucion que de esto tenía hecha, le preguntó quién era y que deseaba de él. Yo soy, le respondió el demonio, el siervo de aquel solitario que es amigo vuestro, y le llevo panes porque tiene que dar de comer á alguno; á más de que tiene necesidad de ellos mañana que es sábado, para las oblacones; así que os ruego que tengais compasion de mí á fin de que no sea devorado por las hienas, pues ya sabeis que las hay por esos contornos.

Natanael permaneció algun tiempo pensativo no sabiendo á qué determinarse, porque por una parte temía pecar contra la caridad si rehusaba prestarle su socorro, y por otra tenía miedo de que no fuése alguna ilusion del demonio para obligarle á salir de su celda; pero por último, esperando que el Señor por cuyo amor estaba tan encerrado, tendría cuidado de aquel jóven si verdaderamente era tal, y no un fantasma diabólico, como con razon lo sospechaba, hizo una corta oracion á Dios, y dijo en seguida: Quien quiera que seais, si realmente teneis necesidad de mi socorro, no temais ser devorado por las hienas, ni tener ninguna otra desgracia, porque yo pongo mi confianza en el Dios que adoro, y él no os dejará perecer; y si, por el contrario, hay aquí una tentacion de mi enemigo, pronto me la dará á conocer. Habiendo dicho lo cual, cerró la puerta de su celda. Entonces el demonio, avergonzado de verse descubierto, se desvaneció como en torbellino, haciendo un ruido semejante al que hacen los asnos salvages cuando huyen saltando y brincando.

Serapion era tambien uno de los más célebres habitantes

de Nitria, puesto que San Jerónimo le llama una de las columnas de la fe de Jesucristo en aquel desierto. Era contemporáneo de San Antonio, y más antiguo que San Macario de Egipto. Sozomeno y Paladio le llaman el gran Serapion. Este último le vió tambien en 390, como el anciano Melanio le había visto en 387, y santa Paula en 386. No hay que confundirle con San Serapion, obispo de Thmuis. Ha habido tambien muchos solitarios del mismo nombre en Egipto, de los cuales conviene distinguirle.

---

#### SAN PIOR

Pior, originario de Egipto, fué uno de los más antiguos habitantes de la soledad y de los primeros discípulos de San Antonio. Abandonó muy jóven la casa de sus padres con una tan firme determinacion de renunciar perfectamente al mundo, que en el movimiento de su fervor prometió á Dios no volverles á ver más con los ojos del cuerpo. Asi que se fué junto á San Antonio, que le formó en los ejercicios de la vida religiosa, y los progresos que allí hizo fueron tan rápidos, que en pocos años se halló en estado de vivir solo en el desierto. Dió á conocer á su padre espiritual el deseo que de ello tenía; y el Santo, que veía cuánto se había aprovechado, le confirmó en este designio con el permiso que para ello le dió, diciéndole: « Id, Sior, morad donde querais; y cuando Dios os lo ordene, haciendo surgir alguna ocasion razonable, volveréis á verme. »

Solo tenía entonces veinte y cinco años; y no conocemos nosotros otro desierto al que se retirase sino el de Ni-

tria. No sabemos nada de particular de la conducta que guardó en su nueva soledad, si no es que parece por algunos rasgos de su vida, que se encuentran entre los actos de los Padres de los desiertos, que su virtud estaba principalmente fundada en el desapego de todas las cosas del mundo y de sí mismo, y en la mortificación.

Su desapego apareció en una ocasion en que, habiendo ido á hacer la siega en casa de un labrador, como lo hacían otros solitarios de aquellos contornos, para ganarse la vida con el trabajo y el sudor de su frente, cuando quiso cobrar su salario, el labrador le remitió á otro tiempo. Pior se volvió á su celda sin insistir más, y no dejó por esto de volver al año siguiente y trabajar con el mismo cuidado que ántes. No por esto fué mejor pagado; pues el que le hacía trabajar, le despidió tambien sin darle nada, y lo mismo sucedió al otro año, sin que por esto Pior diese muestras de impaciencia ni se relajase en el trabajo.

Por último aquel hombre á quien verosimilmente faltaban más los medios que la buena voluntad, hallándose en estado de satisfacerle, recorrió con este fin diferentes monasterios y, habiéndole encontrado, se echó á sus piés para pedirle perdon de haber tardado hasta entonces en darle su salario y se lo presentó. Pior se escusó de recibirlo; solamente le dijo que fuese á la iglesia y se lo entregase al sacerdote. Esta iglesia era sin duda la de Nitria porque en aquel desierto había una para los solitarios, como despues diremos.

Tal era su desapego de los bienes de la tierra. El que tenía de su patria y de sus padres no apareció con menos edificacion pará los otros solitarios. Hemos dicho que al abandonar el mundo había resuelto no volver á ver más á sus prójimos. Habiendo muerto su padre y su madre, fueron á instarle mucho á fin de que se fuese al lado de los que le quedaban para consolarles por esta pérdida; pero él

permaneció firme en su resolucion. Finalmente despues de cincuenta años, ó cerca de ellos, de estar ausente de su patria, habiendo enviudado la hermana que le quedaba en el mundo, supo esta por casualidad que todavía vivía Pior, y concibió un tan gran deseo de verle que, no pudiendo ella en persona atravesar aquellos vastos desiertos para irle á encontrar, envió allá á sus dos hijos, quienes por último le hallaron despues de haberle buscado mucho tiempo, se le dieron á conocer y le manifestaron el ansia que su madre tenía de verle, y le suplicaron que no le negasen esta gracia; pero jamás pudieron resolverle á ello, y se vieron obligados á volverse del mismo modo.

Su hermana tuvo de esto un dolor tan vivo que se temió que perdiese la vida, y no teniendo esperanzas de obtener lo que deseaba si no se valía de la autoridad del obispo, dirigióse á este, que algunos creen ser Draconcio de Her mópolis, y por sus lágrimas obtuvo de él cartas para los superiores de los monasterios á fin de obligarle á que le diesen este consuelo.

San Antonio le hizo saber entonces que tenía que hablarle, y habiéndose presentado Pior al instante á él, preguntóle el Santo cuál era la causa de que no hubiese ido á verle durante tanto tiempo; á lo cual respondió que no le había mandado que lo hiciera sino cuando tuviese para ello algun motivo extraordinario, el cual hasta entonces no había tenido. Con esto San Antonio le declaró porqué le había mandado á llamar, y le dijo que fuese á dar á su hermana el consuelo que con tanto afan deseaba, haciéndole saber sin duda al mismo tiempo la intencion del obispo.

Pior vióse, pues, obligado á obedecer; tomó consigo á uno de los hermanos y fuese hacia su hermana, á la cual, cuando estuvo cerca de su casa, hizo anunciar su llegada. Aquella buena muger al oír esta noticia llenóse de gozo y salióle al instante al encuentro; pero cuando Pior oyó que

abría la puerta para verle, él cerro los ojos y le dijo : « Hermana mia, yo soy Pior vuestro hermano ; vedme aquí y consideradme cuanto querais. » Su hermana le reconoció por el recuerdo que tenía de los rasgos de su rostro, aun cuando hubiese abandonado la casa muy jóven, y no pudo dudar que fuese él. Dió gracias á Dios por el consuelo que experimentaba al verle, y le instó al mismo tiempo á que entrase en la casa ; pero Pior quiso que se contentara con esta corta visita, hizo su oracion en la puerta de la casa y volvióse a su soledad. Él no se propuso solamente guardar su resolucion al obrar de este modo, sino que tambien, dice Rufino, dió ejemplo á los demás solitarios, para impedir que se les permitiese ir á ver á sus padres y á sus parientes todas las veces que lo deseasen.

El lugar en que se retiró era un desierto espantoso y sin consuelo humano, situado entre los de Sceté y de Nitria. Allí fué donde este hombre, tan muerto á sí mismo como lo era al mundo, emprendió los trabajos de la penitencia con un nuevo ardor, como si hasta entonces no hubiese hecho cosa alguna. Abrió un pozo con la intencion de contentarse con el agua que la Providencia le diese, tal como fuese, y la halló tan amarga y salada que nadie podía beberla, de suerte que los que iban á verle se veían obligados á llevarse otra para su uso. Él no dejó de servirse de esta agua, y durante treinta años, esto es, hasta el fin de su vida, perseveró en esta terrible austeridad. Algunos solitarios le representaron que no podía sostener una incomodidad tan grande, y que haría bien en cambiar de morada. Pero él les dió esta admirable respuesta : « Si huimos, hermanos míos, la pena y el trabajo de la abstinencia para encontrar el reposo en este mundo, no participaremos despues de esta vida de los bienes verdaderos é infinitamente dulces de la eternidad. Así que seremos privados desgraciadamente de las inefables y perpetuas delicias del paraíso. »

Añadamos al rigor de esta mortificacion la frugalidad de sus comidas ; porque no comía en ellas más que un panecillo de seis onzas y cinco aceitunas, y esto aun paseándose ; y habiéndole alguno preguntado la causa de ello, le respondió qué no quería hacerlo como una accion á la cual deba uno aplicarse, sino salamente como una cosa pasagera. Dijo tambien á un hermano que le hacía la misma pregunta, que lo hacía de esta manera para impedir que sintiese placer en la vida.

Aun cuando fué tan severo para consigo mismo, solo tenía suavidad para con los demás, aun para aquellos que caian en grandes faltas ; y hay que notar aquí de paso que este espíritu de suavidad ha sido el de los principales Padres de los desiertos, de aquellos que han brillado sobre los demás por la eminencia de sus luces y la santidad de su vida, de los cuales se encontrarán frecuentemente ejemplos en esta coleccion. Cuéntase de él que en una asamblea que se tuvo en Sceté, en la que se halló, conferenciando juntos algunos solitarios sobre diversas cosas despues del santo sacrificio, recayó el discurso sobre la conducta de muchos hermanos ausentes, y en particular sobre la de uno de entre ellos que habia cometido una falta. Pior guardó silencio por algun tiempo ; pero á medida que vió que la conversacion se proseguía contra la regla de la caridad, salióse de la asamblea, llenó un saco de arena que se cargó sobre las espaldas, puso tambien un poco de esta en una cesta que llevó delante de sí, y con este equipage se presentó á los solitarios. Ellos le preguntaron con admiracion la causa de esto, y les dió la siguiente hermosa leccion : « Este gran saco lleno de arena representa mis pecados que son en gran número ; por esto los he puesto en las espaldas para no verlos, por miedo de verme obligado á entristecerme y llorarlos. Al contrario, esta pequeña cesta, que tengo delante de mí, y que no contiene más que

un poco de arena, representa los pecados de aquel hermano, á quien yo me atrevo á considerar, para juzgarle y condenarle bajo el especioso pretexto de afligirme por él. Sin embargo mucho mejor sería que yo pusiese mis pecados delante de mis ojos, para conocerlos bien, para pensar en ellos de continuo y para rogar á Dios que me los perdonase. » Esta instruccion hizo que se apercibiesen de su falta ; entraron dentro de sí mismos y confesaron que la leccion que les daba era el camino verdadero de la salvacion. Del abad Moisés referiremos una accion casi semejante.

Instado igualmente á socorrer á sus hermanos, San Pior no solo empleaba el discurso para su aprovechamiento espiritual sino que tambien se servía del don de milagros que había recibido de Dios para su alivio corporal. De este modo, mientras que se negaba por mortificacion á usar en favor suyo del poder que había recibido del cielo, para obtener del Señor que cambiase el agua amarga de su pozo en otra mejor, obtúvola excelente para algunos hermanos que habian trabajado inútilmente para tenerla. He ahí cómo Paladio (Vit. PP. l. 8, c. 88.) dice haberlo sabido por Moisés el Libiense, solitario de una muy eminente virtud. Cuando todavía muy jóven me hallaba en el monasterio, dice Moisés, nos pusimos en número de ochenta á abrir un pozo de veinte piés de anchura. Hacia ya tres dias que trabajábamos; pero habiendo tenido la desgracia de traspasar de un codo la vena de agua que habíamos visto antes y que nos esforzábamos en seguir, nos encontramos en seco. Esto nos desaminó tanto que con la pena y afliccion que teníamos, empezamos á consultar entre nosotros si abandonaríamos la obra. Nos hallábamos en esta irresolucion cuando de repente vimos venir hácia nosotros desde el fondo del desierto al santo viejo Pior, cubierto como de ordinario con una piel de oveja, quien se iba adelantando

á pesar del fuerte calor del medio dia. Cuando nos hubo saludado, nos dijo : ¡ Oh gente de poca fé ! ¿ porqué os afligis y perdeis de esta manera el ánimo ? pues desde ayer no lo teneis ya. En seguida bajó al pozo, y despues de haber hecho en él oracion con nosotros, dió en tierra tres golpes de pico dirigiendo á Dios la siguiente oracion : Dios mio, que sois el Dios de los patriarcas, no permitais que el trabajo de vuestros siervos les sea inútil, sino concededles el agua de que tienen necesidad. Apenas hubo dicho él estas palabras cuando el agua salió con tal violencia que saltó sobre todos los que allí estábamos. Hizo otra vez oracion y se retiró al instante diciéndoles : Hé ahí el motivo por el cual he venido. Nosotros le suplicamos mucho que tuviese á bien detenerse para tomar algun alimento, pero no pudimos decidirle á ello, dando por excusa que le bastaba haber cumplido lo que le había traído á nosotros. Cuéntase tambien de él que yendo á visitar al abad Pambon, llevóse consigo pan, de lo cual manifestando sorpresa Pambon, le dijo que era por miedo de incomodarle. Pambon no le habló más de esto : pero, algun tiempo despues, habiendo él ido á su vez á verle, trájose tambien consigo pan mojado en agua ; y cuando Pior le preguntó porqué lo había mojado, respondióle que era por miedo de incomodarle.

Paladio concluye con estos términos lo que refiere de este gran Santo : « He ahí cuáles fueron las maravillosas virtudes de Pior, á quien puede llamarse una columna de paciencia, y de una paciencia admirable y extraordinaria. Tales fueron las virtudes en las cuales este Santo consumó su vida. En vez de la amargura de aquella fuente que por tanto tiempo le hizo sufrir sobre la tierra, su alma gusta ahora en el cielo la dulzura de una fuente eterna de delicias. » El mismo autor dice que habiendo querido muchos solitarios para imitar su paciencia, morar como él en su

celda, ninguno de ellos pudo quedarse allí un año entero, por ser tan incómodo el lugar.

Ammon, religioso de Tabennes y despues obispo, cuya carta hemos citado en la Vida de San Pacomio y de San Teodoro el Santificado, habiéndose retirado por consejo de éste al desierto de Nitria dice que entre los solitarios que allí florecían en santidad con San Amon, resplandecian principalmente San Pambon y el siervo de Dios Pior, que habían recibido del Señor la gracia de curar á los enfermos. San Pior murió á fines del siglo cuarto, como lo prueban muy bien los doctos continuadores de Bolando, á la edad de cerca cien años, sobre lo cual puede consultarse á Tillemont.

---

#### EL ABAD HOR U OR, Y SU DISCIPULO ATREO<sup>1</sup>.

Ha habido dos abades Hor, que vivieron al mismo tiempo, el uno solitario del desierto de Nitria, el otro director de muchos monges de la Tebaida, á quien San Jerónimo acusa de origenismo, y del cual Rufino, origenista tambien, hizo un grande elogio. El primero moró por de pronto en Sceté, en donde estuvo en gran reputacion entre los hermanos. Tuvo allí por discípulo á San Sisoés; pero se retiró en seguida al monte de Nitria, y esto fué evidentemente por la causa que obligó á San Sisoés á retirarse á la montaña de San Antonio: esto es, porque empezando la soledad de Sceté á ser demasiado frecuentada, uno y otro creyeron tener que buscar un lugar más apartado del co-

<sup>1</sup> Vit. PP. Cotelier, Bulteau.

mercio de los hombres, para vacar con una entera libertad de espíritu á los ejercicios de su estado.

Los solitarios que conocian al abad Hor, tributábanle unánimemente este glorioso testimonio, á saber que no solamente no habia ocultado jamás la verdad, ni hecho juramento alguno, ni proferido maldicion contra nadie, sinoque, lo que es mucho más admirable, no había jamás hablado inútilmente. Nada quiso saber de lo que pasaba fuera de su celda, y algunas veces decía á Pablo su discípulo: « Tened cuidado de no traer jamás aquí noticia alguna de fuera. » Pues él comprendia que esto solo sirve para distraer el espíritu de las cosas celestiales, y que el menor inconveniente que produce es perder el tiempo en vanas palabras.

Santificaba su trabajo con el recogimiento interior, alimentando su corazon con santas reflexiones, mientras que sus manos se ocupaban en las obras ordinarias. Un dia en que con el abad Teodoro edificaba una nueva morada para algun solitario, se dijeron uno á otro: « Si Dios nos llamase al presente; qué haríamos ahora? » Esta consideracion les conmovió tanto que las lágrimas les brotaron de los ojos. Dejaron el trabajo y se retiraron á su celda para entregarse á sentimientos de compuncion. Cuéntase también de él y del mismo abad Teodoro, que estaban tan sumisos á la voluntad de Dios que de cualquier cosa que les sucediese les daban acciones de gracia.

El abad Hor, había establecido la obra de su perfeccion, en la cual trabajaba sin cesar sobre el fundamento de una sincera humildad; esta era su virtud principal, y él la llamaba la gloria y la corona del solitario. Decía que cuando uno es tentado de orgullo ó de vanidad, convenia al instante entrar en cuentas consigo mismo y examinar: 1º Si ha cumplido uno todos los mandatos; 2º si se mira uno como un siervo inútil; 3º si está uno verdaderamente convencido de que es el mayor de todos los pecadores. Des-